















Queco

QUECO

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)

© de esta edición:
2019, mr.momo

© del texto y las ilustraciones:
2019, Manuela Bascón Maqueda

ISBN: 9788417842765
ISBN e-book: 9781524314705

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: 2019

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.



Queco

Manuela Bascón Maqueda

mr.momo

Queco tenía trece años. Se fue de mi vida de manera tan inesperada como llegó a ella. Voy a relatar la historia de nuestro último día. Llegué a casa del trabajo y allí estaba Queco esperándome, llenito de pintura. La noche anterior estuve pintando un cuadro y olvidé recoger la paleta de los colores al óleo. Probablemente pusiera sus patitas y su hocico encima para curiosear. Así que decidí darle un buen baño antes de almorzar. Él tenía la costumbre de escaparse todo lo lejos que podía cada vez que lo bañaba para secarse al solecito, intentando recuperar rápidamente el perfume a perro que el sufrido baño le había arrebatado. A continuación restregaba su lomito con una expresión de placer por todo lo largo de los zócalos, de alguna piedra rugosa. Y se marcaba, sobre un pestilente rinconcito previamente husmeado, un malabarismo digno del más aventajado bailarín de hip-hop. Para Queco era muy importante su propio e innato olor. No había más que ver la carita de asco que se le ponía cuando veía el jabón.



No era extraño que ese día, tras su baño de coloridas espumas, desapareciera durante unas buenas horas. Solía irse en busca de una novia que tenía en un chalet cercano. Por eso aquel fatídico día yo no me preocupé hasta que llegó la tarde. Y Queco sin volver. Qué raro. Nunca había estado fuera tanto tiempo. Debería haber echado de menos antes su presencia, pero toda la tarde me la pasé medio en trance disfrutando de la música y la pintura. Me sentí culpable. Tenía que ir a buscarlo inmediatamente. Así que opté por telefonear primero a Julia, mi vecina. Era la dueña de la perrita por la que suspiraba Queco y a la que solía buscar desesperadamente para aminorar los efectos del champú y demostrar que, a pesar de todo, seguía siendo macho. Nuestras casas estaban en un tramo de la urbanización por donde no pasaban más que mi coche y el suyo, por eso Queco gozaba de tanta libertad, prácticamente toda la calle era suya.



